

Homenaje mínimo a Edmundo de los Ríos

Edmundo de los Ríos nació en Arequipa, Perú en 1945 y según un libro sobre el Centro Mexicano de Escritores publicado en 1999 señalaba que había muerto en Perú. Llegó a México en 1966 con veintitrés años a cuestas. Poco hablaba de su país y de su familia. Parecía un ser salido de la nada, sin pasado. Cuando algo decía, bromeaba. En realidad no podía dejar de lado el sentido del humor; era, pues irónico, burlón, risueño, de buen carácter, bebedor insaciable. Pronto tuvo éxito y comenzó a ser conocido. Obtuvo la beca del legendario Centro Mexicano de Escritores y allí Juan José Arreola, Francisco Monterde y Juan Rulfo fueron sus mentores. En el plazo establecido, un año, Edmundo concluyó una novela, *Los juegos verdaderos*, que sorprendió gratamente a sus maestros. Rulfo exclamó: es "La novela que inicia la literatura de la Revolución en Latinoamérica." De inmediato Emmanuel Carballo, entonces en posesión de una editorial para jóvenes valores, Diógenes, donde apareció Parménides García Saldaña, la publicó. Entre otras cosas, Carballo escribió: "Arte comprometido, pero no de consigna, reconstruye en tres tiempos, la infancia, la adolescencia y la edad de las primeras decisiones impostergables, la vida de un hombre que prefiere la muerte a la indignidad." El libro tuvo buenas ventas y los comentarios fueron halagüeños. Muchos pensaron que Edmundo se quedaría en México como lo habían hecho tantos escritores latinoamericanos, al lado de sus nuevos camaradas. No fue así. Edmundo, dolido por la reacción de un amigo cercano, escribió una larga carta de reclamo (esta revista tiene copia) y desapareció. Sí, desapareció. Nadie volvió a saber de él. Hace menos de un mes, nuestro director, René Avilés Fabila, que mucho lo trató y apreció, recibió un correo electrónico, suscrito por una mujer diciendo que había encontrado en internet algunas historias sobre el narrador peruano escritas por el propio Avilés Fabila, y avisaba de su muerte, tan callada y misteriosa como su llegada y salida de México. ¿Qué hizo, siguió escribiendo, dejó la literatura, tuvo familia? Poco o nada sabemos. Ahora ponemos las primeras páginas de su novela *Los juegos verdaderos*, para que los lectores conozcan a Edmundo de los Ríos, joven talentoso y sensible que se escondió detrás del buen humor y del arte y que algo lo ofendió en México tanto que lo hizo morir antes de su muerte física.

El Búho

Los juegos verdaderos

1

Las ratas están ahora en el techo. Escucho sus pequeñas patas de rata, suaves; golpean el suelo levemente pero con velocidad. Corren de un lado a otro, se lanzan en línea recta, en diagonal las que parecen ser más pequeñas. Las patas se mueven de aquí para allá: deben dejar huellas pequeñas, por pares, par tras par, en el polvo almacenado en el contratecho. Sus ojos, brillantes, líquidos, cortan la raya luminosa que iniciaron en su carrera, giran a la derecha, más a la derecha, miran de frente ahora. Las pequeñas patas de felpa golpean el polvo, lo agitan; los ojos desaparecen, miran, tornan a la izquierda. Se movilizan las patas, los traseros de rata, los ojos, las huellas. Semejan un murmullo sordo, persistente –procesión de

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

EDMUNDO DE LOS RÍOS

Viernes Santo, por las calles fantasmagóricas del Señor de la Caña-. Miro el techo, paro la oreja al techo: van y vienen; dos juntas, otra toma el camino a la derecha. Se cruzan, en este momento, varias en el centro del techo; izquierda derecha, derecha izquierda. El ruido crece reproducido por el silencio, el techo se agiganta, las ratas corren, interrumpen su camino, miran, calculan posibilidades, dudan, consultan, se deciden: Izquierda derecha, derecha izquierda. Sospecho que las ratas se han cansado, aunque las ratas nunca se fatigan; conversa-



Edmundo de los Ríos

rán entonces si es que las ratas conversan: Hay una pausa. Mis orejas son radares. Nada. Silencio. Escucho mi corazón golpear fuerte contra las costillas: Mis costillas resisten.

Y el que está aquí, entre ratas, debajo de ratas, escuchando ruido de ratas –quién sabe si las ve–, no es más que Domingo Aranda; o más bien, no, porque Domingo Aranda, el gordo que la noche de la elección del rector, en el patio de la universidad, así como si nada le quitó la novia, lo mato lo mato desgraciado a mí no me hace esto, y no lo mató, y hasta asistió –traje nuevo comprado en Santa Catalina: robo miserable– al matrimonio del gordo y únicamente dejaron de ser amigos mucho tiempo después, aún mucho tiempo después del sonado robo a la sucursal del banco Internacional (dicen que fue son comunistas; siempre se dice eso), cuando el gordo se convirtió en rata al recibir sueldo de la Esso International Petroleum Company; y el que está aquí, sí podría ser César o Jesús, bien podría ser Jesús, o Kike, sin embargo eres tú, y desde el catre, tirado como un despanzurrado sobre el catre, ves a las ratas y comprendes que desde algún tiempo atrás ya estabas arruinado. Ahí está, por ejemplo, la tarde que jugabas a contar los mosaicos relucientes y esterilizados de la clínica, y quién sale sino tu madre, llorando, y tú corres hasta el marco de la puerta blanca, y pregunté, mamá qué ha pasado, dime qué ha ocurrido, y mi mamá, hijo hijo, mi corazón reventando, pregunté, mamá ¿cómo está papá?, y tu madre lloraba, y yo lloraba, madre e hijo, sin esposo sin padre, y Lima se vino de golpe, tu crecimiento palpado en las noches con mano temerosa, las muchachas a quienes no sabías muy bien qué hacer cuando las tenías apretadas, mierda mierda, te decías y comías tus uñas a más no poder, olvídate de esa maldita costumbre, y tu madre al gritar no sabía que tú no podías con las muchachas detrás de las puertas; además esas cosas que importaban, todo seguía más o menos igual, lo que cambió definitivamente tu vida fue la decisión. La decisión irrevocable: momento de la escogencia hombre o no-hombre. Fue en ese instante ante la tribuna, en el Parque Universitario, el que quebró tu vida, o mejor, la desherrumbó: tuviste nueva piel. Pero cómo no iba a ser ese instante crucial, yo escuchaba entre los manifestantes y el otro no sé qué demonios decía desde la tribuna y los universitarios que corrían de un lado a

otro, han matado a tres han matado a cuatro hay muchos heridos, y los rochabuses y la caballería, y yo dije, a la mierda con todo esto me voy de guerrillero, y ahí está que me meto hasta el cuello en lo que fue mi obligación y mientras las ratas me observan con sus pequeños ojitos de rata y corren al norte, al sur, al este, al oeste, yo sé que no soy un rata, y podría ser que tú te llames Ricardo y el que está aquí puede llamarse Ricardo y tendrá que ser Ricardo y el que cuenta de ratas será Ricardo y es Ricardo o Domingo Paredes o César o Jesús o Kike o hasta quién sabe si es el mismito Muma, Mumita, que está en el catre, desnudo, torcido, abierto, sexo: masculino, estado: soltero, estatura: uno 78, edad: 24 años, ¡no, no!, no quiero ir al servicio militar. No estás en el servicio militar. La cosa es seria. Abre los ojos: las ratas lo aplastan.

Una rata, rata enorme, felposa, rata de felpa, negra, preñada, cruza en diagonal, el compás es desigual.

Sus patas pesan, malas patas de rata, torpes patas de rata que cargan el cuerpo de rata de derecha a izquierda en diagonal. Escucho: la rata sigue su carrera ardua, dificultosa, inconstante, carrera de preñada. Pienso en la rata y en las otras ratitas que están dentro de la rata preñada y en sus patas, patitas de felpa, que pronto correrán por el techo. Un ruido raro, desacostumbrado, imprevisto, ¿habrá chocado con un papel o con un tabique de madera mal roído?, la rata se repone, continúa corriendo como lo que es: una rata preñada. Mis ojos miran el techo de derecha a izquierda en diagonal. La rata sigue de derecha a izquierda en diagonal. El techo está pintado de verde.

2

El río está ahí.

Las aguas, turbias, gelatinosas, se deslizan como maza morra de leche, chocan con las piedras: se forma espuma: la espuma forma agua, las piedras se lanzan en una aventura feroz contra la corriente. Al fondo, entre las dos torres blancas de la catedral, el Misti.

–Salta. No seas cobarde.

El río truena (cuando el río truena es porque piedras carga: la abuela). Ensordecedor es el ruido cuando se está en

medio de las aguas, calculando para alcanzar la otra piedra. Varios gallinazos vuelan muy alto, casi en las nubes. Los gallinazos nunca cambian, sin embargo, el río Chili ya no es lo que fue: ya no amenaza. Discurre tranquilo, disminuyendo su caudal día a día. Los tiempos de las grandes avenidas no se repiten. La última vez creció tanto que por poco inunda el Vallecito y las familias de las riberas tuvieron que evacuar. Desde las ventanas de las casas, comiendo pan con mermelada de membrillo, se veían las aguas oscuras reventando en el malecón y entre la espuma las cabezas negras de chanchos o el lomo moteado de alguna vaca y pesados troncos golpeando a los lomos de vaca o a las cabezas de chanchos. Pero mucho antes todavía, dicen, se podían ver roperos, sillas, mesas y cuántas otras cosas revolcándose en las aguas río abajo.

–Esta vez sí les vamos a meter una buena goleada. Ya van a ver.

–Claro que sí. Mañana nos levantaremos más temprano para entrenar. A las cuatro sería buena hora.

–Bueno, no exageres. A las seis está bien.

No he olvidado tus ojos ni tu pelo. Tu sonrisa, tus manos, tus labios. Estás colocada en una tarde detenida, con arco iris y veredas lustrosas por la lluvia. Sigues ahí, a la puerta de tu casa, junto al árbol de las maniobras de los Halcones Negros. Diana, Dianita, el tiempo no pasa cuando te miro a través de mi memoria.

–Salta de una vez.

Gonzalo y César están uno detrás de otro, parados cada uno en una piedra. Gonzalo toma impulso: va a saltar hasta la otra piedra, la que tiene forma de olla, en el centro del río. El río parece detenido.

En la orilla, entre las piedras enormes y blanqueadas por las cacas de los pájaros, escondidos entre los arbustos, juegan los Halcones Negros. Cerca está la choza de paja del Tuerto Zorco. El viento plancha el trigo dorado: lo extiende hacia un lado, luego hacia otro, lo plancha nuevamente. Los muchachos llegan hasta el trigo. La incursión es peligrosa.

–El Tuerto Zorco debe estar en las chacras del Puetifierro. Ya, rápido.

Las manos cortan las espigas, cogen todas las que pueden. Los rostros acalorados, sudorosos, nerviosos.

–Vamos, vamos!

Ha gritado Carlos: Carlos es el mayor de los Halcones Negros. Tiene dieciocho años. Él fue el de la idea, ¿de dónde la sacaría?: hacer chicle con los granos de trigo. Lo debió aprender de los serranos. A su llegada de Puno, después de las vacaciones del año pasado, vino con la nueva. Los serranos saben muchas cosas extrañas. El menor es Kike. El domingo, el día del partido, cumple nueve años. Resulta una carga. Por ejemplo, todavía no puede cruzar el río. Y además, da risa, se atraganta con el chicle de trigo.

Te escribía cartas, ¿recuerdas?: esas cartas son el rectángulo de cielo que marca nuestras vidas. ¿Me amabas también tú, verdad? En estas manos, cuyos dedos se alargan hasta coger las uñas, siento aún el peso de aquel prendedor que me entregaste. ¿Y los pedazos de serpentinas? Diana, ven, ven, Diana. Juguemos en esta tarde, en todas las tardes. Sabes, te contaré.

–Tuerto Zorco! ¡Corran!

Arriba el cielo estaba azul, puro sol. Los Halcones Negros no podían volar. Los que estaban en el río cayeron al agua, como pudieron lograron la orilla. Otros escalaban el muro para alcanzar el bulevar, llegar a las casas. El Tuerto Zorco nunca los seguía hasta sus casas: cada uno en su sitio.

Por el bordo que marca el límite entre el trigo y el alfalfar, como un toro, cabizbajo, aparece y desaparece su cabeza de huaco según se apoye en su pierna coja, según se apoye en su pierna sana. Y avanza avanza agitando su honda –dicen que nunca falla y eso que le falta un ojo. Llega a su choza, inspecciona. Corre –pata abajo, pata arriba– y se planta lo más próximo al malecón.

El Tuerto Zorco hace girar sobre su cabeza la honda. Grita y maldice.

–Tenemos que hacer algo para matar al Tuerto Zorco. Si no nunca podremos estar tranquilos en el río.

“Bandoleros mocosos-comes-trigo acérquense urracas niñitas”: grita enfurecido el Tuerto Zorco.

–Sí, hay que hacer algo para matarlo, repitió Hernán. “Mocosos-comes-trigo los voy a estrangular a pisotear sus cabezas los voy a descuartizar.”

Kike, sentado junto a los otros en la baranda del malecón, sacó la lengua, gritó: ¡Zorco feo!

Mi mamá me dijo que tomara mate de manzanilla, por que es bueno para el corazón. Pronto estaría en otro país, y quién sabe si me acordaría del mate de manzanilla. Diligente recorría la casa; vi que puso una bolsa con manzanilla en la maleta. –Mira donde la pongo. Yo miré a mi madre –la infancia: sentada la madre al lado del hijo esperando que la fiebre pasara–, miré el lugar donde puso la bolsa, miré sus manos –las mismas manos que extendían mantequilla en el pan de la mañana—: pensé en mi corazón.

Se acercó, me cogió del brazo, hijo hijito, y nos sentamos juntos en el sofá. Desde la noche anterior, más bien desde el sábado pasado, desde el minuto en que yo terminé de hablar y ella se enteró que su hijo se iba a México a estudiar, apenas nos miramos: no soporto su tristeza: ella no soporta ver mis ojos ansiosos de viajar.

Fue cuando llegó la carta. Es urgente, firme aquí. Era de la compañía de aviación. Abrí el sobre maldiciendo dentro de mí a todas las compañías de aviación, su incumplimiento. Así era: aplazaban el vuelo hasta las seis de la tarde, la compañía le ruega atentamente disculpar esta molestia y agradecerle/ le pasé la carta a mi madre. Es el colmo, cinco horas de retraso. Mi madre quiso alegrarse, pero sabía que yo no me alegraba. –Podemos estar más tiempo juntos. Mi madre sabía que no quería estar más tiempo en Lima. Estaba ansioso, impaciente, por viajar, por cortar hasta ahí; anhelante de comenzar algo distinto, totalmente solo, de hallar un cambio, no importaba cuál, un cambio, recorrer otras calles, estar entre otras gentes. Quería que fuera inmediatamente. Me mortificaban cinco horas de lo mismo. Mi mamá estaba ahí, me dolía verla triste, con sus ojos que me contemplaban cuando yo veía cualquier cosa. No hubiera querido dejarla nunca: pero tenía que viajar.

Mi mamá comenzó a darme la fórmula para preparar el mate de manzanilla. Sus palabras llegaban a mis oídos: yo volaba hacia México. Saboreaba aquellas palabras, esos nombres con tes y equis y eles, trataba de memorizar Azcapotzalco, tengo un amigo que vive allí, en la última carta me decía, tan pronto arribes ven a buscarme o avisame la fecha de tu viaje para esperarte en el puerto aéreo, no le he avisado; me imaginaba el Zócalo de mil maneras, pensé en la música mexicana, ¿se me harían soportables las rancheras?, dudé, qué importaba. La cuestión era salir de Lima.

Dijo:

–En una taza con agua caliente pones una cucharada de manzanilla, cuida que el agua esté bien hervida.

Había estado temiendo eso, el corazón. Trataba de recordar aquellos nombres científicos que el médico mencionó. ¡Quién diablos va a comprender así las enfermedades! Cardiopatía valvular o... vaya uno a saber. Si las enfermedades son simples.

–Luego dejas que repose un buen rato. Tres minutos es suficiente. El platillo lo colo/

En los últimos años mi madre se ha vuelto muy minuciosa, a veces es mortificante, pero mamá, ya lo sé, sé dónde está ubicada la casa de la familia Vargas, inútil, inútil todo, ella seguía, de todos modos te indicaré, te bajas en la esquina de Brasil y Mariátegui y, sí mamá.

–cas encima de la taza para que no se enfríe.

Dije:

–Sí, mamá.

Y verdaderamente pensaba hacerlo así. El platillo sobre la taza. Luego tomaría a sorbos el mate de manzanilla, estaría muy caliente, a mí no me gusta nada caliente, pero lo tomaría caliente, y me acordaría mientras tomara el mate de manzanilla de mi mamá, de sus ojos que ahora no puedo ver. Hace dos años me pilló leyendo una revista de desnudos y más de una semana estuve sin poder dirigirle la mirada, me avergonzaba. Igual estoy ahora.

–Si tienes algún colador a la mano, cueles el mate, y si no, con la cucharilla recoges la manzanilla.

Pensé que era más práctico lo de la cucharilla. Se lo iba a decir pero sólo dije:

–Sí, así lo haré.

Cinco horas de atraso; bueno, no importa. Puedo ir a casa de Rossana, no, es mejor que no, no soportaría otra despedida. Además eso de despedirse y volver otra vez no da seriedad al asunto. Miré la maleta. Traté de imaginar cómo sería la valija de Manuel.

–No va a caber mucho.

–Y qué, ¿piensas llevar toda tu casa?

Yo era, realmente, el que quería meter todo en la maleta. Cuando la compré en Arequipa –porque viajé a Arequipa a des-

pedirme de mi hermano mayor y las tías-, hace dos días, escogí la más grande: el cuero era resistente, la chapa fuerte.

-Ésta, dije.

Y mi hermano mayor (mi único hermano, hermano mayor, hermano casado, hermano con una hijita encantadora que se crece se crece, hermano viviendo en Arequipa), dijo:

-¿Para qué tan grande?

-Los libros, contesté lacónica y ceremoniosamente.

Ese día, las seis serían, metí la maleta al automóvil y seguimos por la calle Bolognesi y luego por la estrecha calle Cruz Verde y luego la bajada de las Siete Esquinas, en donde en Semana Santa, muy temprano, queman a Judas, Judas arde, colgado de un poste, y de su bolsa revientan en cohetes las treinta monedas y el pobre Judas termina orinando luces de colores, y luego la avenida San Martín y la Plazuela y a la derecha la avenida Salaverry, y ahí la casa. Cargamos la maleta por la puerta que da a Bustamante 200, las escaleras, y luego de unas risas por lo grande de la maleta, los cuatro, mi hermano, su esposa (hermana Maruja), la niña y yo, callamos escuchando un disco de yaravies de Benigno Bailón Farfán, y callamos más con Melgar y Silvia, y callamos fuerte porque las lágrimas se iban y comprendí, como comprendió mi hermano, su esposa y como no podía comprender su hijita, que yo ya no volvería. Pero yo tengo que volver.

Manuel dijo:

-No, pero tampoco quiero dejar mis principales libros.

-No sabía que hubiera principales libros. Lo que hay es tontos e inteligentes lectores de libros.

Sabía que me burlaba y lanzó una mirada despectiva.

Cambié de tono, propuse:

-Llévalos en la mano.

Yo, particularmente, no quería llevar nada en las manos. Eso de cargar paquetes y tener el pasaporte en las manos y los pasajes en las manos y dar la mano a los parientes y sobre todo al llegar con tantas cosas en las manos a un aeropuerto (mi amigo mexicano dice puerto aéreo), a una ciudad que no se conoce y donde nadie nos espera, no lo admitía yo.

-Claro, llévalos en las manos -repetí y hasta quise reír.

¿Cómo sería la maleta de Manuel?

Mi madre me decía que podría tomar todos los días el

mate de manzanilla y especificaba las propiedades curativas de esa hierba, ya verás cómo te tranquiliza.

-Tal vez pueda alcanzarte para un mes. Me avisas cuando se te acabe para mandarte más.

De hecho le dije que le avisaría, pero de hecho también me prometí no avisarle, para qué causarle molestias.

-Lo principal, hijito, es que no pienses en el corazón, los médicos exageran. Te vas a sentir muy bien.

No pensaría en el corazón (médico Barriga: una pequeña operacioncita del corazón y listo). Le besé la frente, apreté sus manos, la besé en la frente.

¿Le habría llegado a Manuel una carta igual a la que me entregaron? Seguro. Las compañías de aviación no olvidan esos pequeños detalles.

4

Fue en ese tiempo.

En ese tiempo apareció la Mica. Los Halcones Negros se sorprendieron al saber todo lo que se podía hacer con la Mica.



Elba Hernández

La Mica, rara coincidencia, raro parecido de nombres, era una meca.

No se podría establecer a ciencia cierta el origen de la Mica. A lo mucho se anotará que alguno de los muchachos la encontró. Las versiones sobre la meca Mica aumentaban a medida que los días se sucedían y cada una difería de las otras, no sólo en la abundancia y pormenorización de detalles, sino en la fantasía con que la armaban.

Lo que se puede decir sin temor a equivocarse –nadie puede contradecir esto– es que la Mica desde su aparición cambió y cambió bastante el transcurrir de la vida de los Halcones Negros. En un principio: estaba parada, haciendo con las piernas dibujos en el aire. Estaba parada en el jardín de la casa de Carlos, muy cerca del viejo cerezo. Estaba parada junto al cerezo y examinando el follaje en busca de cerezas maduras, las que había estaban verdes, y de rato en rato gesticulaba escandalosamente. Más tarde, cuando a la Mica se le conoció al revés y al derecho y se comprobó que no mordía, que no arañaba, que no se espantaba ante nada, que no chillaba, todos reírían al ver sus muecas grotescas. Siempre sus muecas causaban risa.

Tal vez fue Efraín quien la halló. Se descarta esa posibilidad: él es demasiado inocente para saber esas cosas. Tal vez fue Gonzalo o tal vez –para no ahogarnos en un vaso de agua– el mismo Carlos. Porque la Mica, hay que tener en cuenta, apareció en su jardín. Y todas las noches –era temporada de vacaciones: diciembre por terminar enero por comenzar; los viajes veraniegos a Moliendo o a Matarani o a Ilo, a Ilo casi no se iba: playas sucias, o a Lima, aunque también eran raros los viajes a Lima, se iniciaban a principios de febrero–, luego de la comida, los muchachos se reunían para mirar, tocar, lamer a la Mica.

Y la Mica siempre estaba entre los árboles de Carlos. ¿Recuerdas, Diana, aquellas noches, las siete las ocho, cuando leíamos revistas de chistes –tú preferías La Pequeña Lulú y Archi, yo a los Halcones Negros, al Pájaro Loco, al Conejo de la Suerte– en el dormitorio de tus hermanos? Muy pocas veces nos decíamos algo. Callábamos y dejábamos que nuestros ojos hablaran. La revista la tenía en las manos, miraba las figuras y las letras, pero no entendía nada, no leía nada: pensaba en ti. Recuerdo tus ojos, veo bajar tus párpados cuando yo te mira-

ba. Entonces, entonces todo se abría. Todo cambiaba, se iluminaba mi vida. Otro era el mundo.

Los Halcones Negros se volvieron micos de tanto seguir a la Mica. De día la Mica se esfumaba; la verdad es que se le ignoraba. Era a las siete de la noche la hora de su aparición. Se colgaba de la reja metálica o de un árbol, de preferencia el viejo cerezo. Y si daban las siete y media, y se sospechaba que la Mica ya no saldría, y por lo tanto esa noche no habría la tensión especial del cuerpo, la inquietud y la erección consabida que dejaría luego, a la hora de acostarse, un dolor filudo en las bolas, habría, a las finales, que “vamos a silbar, tal vez salga”.

Llegó a ser tan popular la Mica que su nombre estaba en todas las conversaciones; era el tema de las conversaciones, realmente. A tal punto ejerció su influencia que los entrenamientos matinales se vieron postergados inopinadamente. Era un imán que atraía, succionaba a los Halcones Negros de sus casas y los plantaba en el jardín de la casa de Carlos para observar, y por qué no, tocar las piernas rosadas que la Mica descubría levantándose el vestido. Bien: la Mica era el centro de todo.

Por ese entonces, y a raíz de lo mismo, se dio una estricta censura de conversación. No todos participaban de las conversaciones, de esas en voz baja y que eran, seguramente, las más interesantes. Los mayores se alejaban de los más chicos. Reían de rato en rato, y se escuchaba un “caray” o un “pucha”. Los que tenían hermanos mayores estaban más marginados, anda inmediatamente a la casa, o decían en secreto, alejémonos del Negro, el Negro no era negro, era el más travieso de los Halcones Negros, el que de verdad creía en los Halcones Negros. Ahí estaba el Muma con sus hermanos Jesús y Eliseo, o el Rinke y el Guayo con su hermano César. Pero, también, a la hora en que la Mica aparecía los mayores no podían actuar muy bien, y después de haber tocado a la Mica –otros y en otras ocasiones se atrevían a besarla– se ponían colorados. La Mica nunca se puso colorada.

Ya te amaba cuando salías para el colegio, con tu uniforme blanco ¿o era azul?, y tu pelo dorado sobre la frente y tus libros bajo el brazo. Te miraba desde el ómnibus escolar, perdiste, al fondo, en la calle nuestra. Y por las noches, ya te

amaba también, al jugar en el jardín de tu casa, o a la rayuela en la vereda –tenías tizas de colores–, o mientras desvalijábamos tu refrigerador. Te amaba desde siempre. Nunca nos conocimos. Diana, sonrío ahora, sabes, recuerdo las cartas que te escribía.

El Tío sí que supo más de la Mica. Eran hazañas realmente.

–Tío, ¿y cómo es...?

–¿Dónde fue, Tío?

–Cuenta, no te hagas rogar, Tío.

El Tío contaba. Así, a través de sus palabras de Tarzán, de domador, de amaestrador, la Mica dejaba de ser Mica y aparecía transformada en meca. Es decir, se convertía en más meca. Decía el Tío y los Halcones Negros imaginaban la escena en la oscuridad del cuarto: se enrollaba, aprisionaba y se soltaba. Se revolcaba entre ramas, entre sábanas, caídas las cobijas al suelo, la almohada debajo de la cama; se contorsionaba, los ojos bien abiertos, la piel tirante, los labios anhelantes, las piernas calientes, friccionando, voluptuosas, las manos hundiendo los dedos, estrujantes: estremecimientos, convulsiones finales. Seguramente, después, la Mica, arreglándose el cabello oloroso todavía a los ácidos de la permanente de diez soles, en el Beauty Parlor del indio Sobrio, colocándose su falda de pliegues, asqueaba. Es por eso que el Tío –una noche se aproximó e inició la conversación, y así, a la hora que volvía de su trabajo (trabajaba en la Caja de Recaudación, edificio horrible en la calle Mercaderes), lo rodeaban los muchachos y él narraba historias, y en esas reuniones alguno por algo le dijo Tío y desde entonces todos le dicen Tío– siempre fue aparte. Era el Tío, pero no uno de los Halcones Negros. Tenía derecho: hacía rato que cumplió los veintiséis años. Él podía.

Conversaban bajo la luz que proyectaba la bombilla eléctrica, justo frente a la ventana del Cuco Boina. El Cuco Boina observaba, misterioso, con ojos intensos: era una visión tétrica en el marco de la ventana. Los capítulos más importantes de la radionovela Charlie Chan transmitían esos días, y luego de escuchar los tres capítulos diarios, los Halcones Negros se reunían en el club o en la puerta de la casa de Gonzalo para comentar ¿qué crees que le pasará ahora que ha sido descubierto?, no hay caso que es un buen detective, cómo les pareció la mane-

ra de abrir la caja de seguridad para resca/, y tejiendo miles de fantásticas suposiciones, mezcladas con los capítulos de la radionovela, las aventuras de los Halcones Negros y los incidentes con la Mica, se inventó la historia del anciano que por las noches descorría un poco la cortina y observaba desde su ventana a los Halcones Negros. El Muma lo bautizó: el Cuco Boina nos está espiando, dijo, y de allí quedó con ese sobrenombre: Cuco Boina.

Muchos capítulos de la radionovela de las seis y media, Charlie Chan, cortesía de detergente Ace –Ace lavando, usted descansando: la cancioncilla era pegajosa– tendrían que escucharse antes de que el Cuco Boina saliera por última vez de su casa, en un ataúd negro y cargado por varios caballeros bigotudos y de luto, y ya no se hablara más del Cuco Boina. Pero muchos capítulos de Charlie Chan, tendrían que ocurrir.

Los muchachos reían. Uno estaría triste y pensando: esta noche ya no podré ver a la Nena, debe estar estudiando, y pensando se pondría más triste. Carlos y Hernán discuten:

–Mañana, ya verán, cogeré a la Mica y la llevo al malecón.

–Yo pensé que la ibas a llevar al cine. Hernán miró con unos ojos llenos de cólera. –¿Por qué no me hacen caso? Se olvidó, de momento, de Hitler y los alemanes –porque Hernán es un admirador irrefutable de los alemanes, no se pierde ni una sola película de guerra de la Segunda Guerra Mundial– y de los tanques y los aviones:

–La Mica está enamorada de mí.

–¡Qué bien! Hernán camote de una meca –rió, rieron todos.

Hitler apareció otra vez en los ojos de Hernán. Carlos seguía riendo. Desfilaban los ejércitos, líneas y líneas impecables de soldados alemanes. ¡Viva la guerra! Las botas relucientes, los tanques enormes marcando su paso en el asfalto, los fusiles brillando con el sol, las bayonetas amenazantes. ¡Heil Hitler!

Hernán asegura la fidelidad de la meca Mica. Rinke pregunta, ¿cuántos años tendrá la Mica?, cuarenta, afirmó Jesús, no, que va, tendrá veinticuatro, determinó César.

Te amaba tanto, Diana, Nenita, te amo tanto, tanto, que de amarte tanto me he enamorado del amor.

La víspera del partido de fútbol se descubrió que la Mica no usaba calzón.

5

Yo no creo estar loco. Dicen –los oigo murmurar– que estoy loco, creen que estoy loco, sospechan que estoy loco, pero por eso no se puede deducir que estoy loco. Tampoco por lo que estoy aquí, aunque así lo crean los demás. Los demás, estoy seguro, ni siquiera están seguros. No se enloquece así por así, y a no dudarlo uno se da cuenta de su situación. ¿Se advertirá la locura?

Lo estoy mirando de reajo y no porque no pueda mirarlo de frente. Lo miro de reajo simplemente porque así han quedado mis ojos. Me da igual, ni más ni menos, si él se da cuenta que lo miro de reajo. Y a él también creo que le va y le viene si sabe que lo estoy mirando disimuladamente, y no es disimuladamente, ya que no tengo el menor interés de mirarlo sin que él mire que lo estoy mirando como si no lo mirara.

Se está desnudando. Le veo la espalda brillando en la semioscuridad de la celda. Él es un negro. Y lo digo no porque no me gusten los negros. Él es un negro, eso es todo. Mis gustos y escogencias ya nada tienen que ver aquí. Se quitó la camisa con gran esfuerzo, estaba empapada de sudor y pegada al cuerpo. Desabrochó lentamente cada uno de los botones, primero el botón superior y luego los inferiores, calmadamente, hasta el último botón. ¿Se habrá creído que es un espectáculo? Para completar se ha sentado en mi catre, como si no tuviera otro sitio.

Con este negro vivo desde hace seis meses; más meses quizá. No recuerdo quién llegó primero. Parece como si toda su vida hubiera vivido aquí. Hablamos siempre que es innecesario. Nos tenemos desconfianza. Chocamos y refunfuñamos como dos orangutanes peregrinos, abyectos, y aherumbrados y aherrojados, buscando el final de Sumatra y hallando sólo el principio de Borneo. De noche, dejando pasar el agotamiento, él comienza a contar historias y yo pienso en mi infancia y mi juventud, y si insiste en que ponga atención, le grito babeante y enfurecido: no me importa en absoluto saber tu vida.

Me molesta verlo desnudarse lentamente. ¿Qué se habrá creído? Se ha desabrochado el pantalón. Pasan unos minutos, y él no hace nada. Ahora desamarra primero el zapato izquierdo, luego el zapato derecho. Primero se quita el zapato izquierdo, luego se quita el zapato derecho. Toma ambos zapatos en sus manos, los observa, pensará, están viejos, pensará, están rotos, y los lanza a un rincón con indiferencia: caen y provocan un estruendo que me sobresalta por imprevisto. Primero arranca su calcetín izquierdo, luego arranca su calcetín derecho. Se pone de pie. Dobla su cuerpo un poco y encogiéndolo primero una y en seguida la otra pierna, se zafa el pantalón y también el calzoncillo.

Dicen que los negros huelen mal. Éste no: yo y él somos el olor mismo.

Está de espaldas ante mí. Pienso: está tal como lo parieron. Pienso: tal como lo parieron negro. Su espalda es sólida y partida por la mitad, de arriba a abajo, por una hendidura. Sus brazos cuelgan en el aire: el aire es la oscuridad. Sus piernas son largas y musculosas. ¿Qué hará parado ahí? Se acuesta, y aunque quiera seguir mirándolo de reajo o de frente, ya no lo veo.

–¡Qué calor! ¿Mañana habrá el mismo sol que hubo hoy?

Yo siento frío, y no quiero contestarle, ni siquiera decirle que poco me importa el sol de mañana, y aunque quiero decirle no le digo: Andavete al diablo, negro de mierda.

Pienso en las ratas: las ratas me han abandonado.

Es mejor que digan que estoy loco. Que digan que/ ya comenzó a roncar el Negro. Ronquidos de negro que no me dejan escuchar a las ratas. Los ronquidos vienen aserrando la oscuridad desde su catre, llegan hasta mi rostro y lo deforman, lo cortan. Entro por los círculos de ruidos, interminables, los ronquidos giran, me arrastran. Yo no escucho nada: los ronquidos son círculos, el silencio es círculo, yo soy todos los círculos. Los círculos se agrandan y estrechan, se alargan, forman un túnel, al fondo hay unas manos; los círculos me lanzan hacia los círculos estrechísimos del fondo, las manos, los círculos me estrangulan, no alcanzo las manos y las manos me esperan y yo espero las manos. Las manos son mis manos, el Negro ronca ronca ronca. ■